

Perspectivas de la literatura Colombiana

Escribe: JUAN CASTILLO MUÑOZ

El avance tecnológico, los progresos de la comunicación de masas, el creciente llamado de la tecnología electrónica aplicada a los sistemas de información, parece obnubilar al hombre contemporáneo que se va por la línea de menor resistencia, en este caso los medios televisivos que tienden a imponerse con su embrujamiento que algunos consideran alienante y peligroso.

Ciertamente, en la sociedad contemporánea el reclamo de la televisión es imperativo. El cine, inclusive, por tener menos oportunidades de penetración para ejercer ese influjo directo y que solo consigue alcanzar por sugestión, por insinuación de modas, maneras y estilos, ha pasado a segundo plano en la preferencia popular ante la constante presencia, en el medio privado, de la "pantalla chica".

—¿Y esos avances amenazantes se reflejarán en la vigencia del libro? —En repetidas ocasiones se ha llamado la atención al respecto.

Bueno es señalar, antes de entrar en materia, que como lo demostró reciente investigación en Alemania Occidental sobre la preferencia popular entre el libro y la televisión, el libro tomado como medio de distracción, de solaz y, claro, de culturización, continúa siendo vital para el hombre medio y la pantalla chica es aceptada tan solo como un recurso recreativo intermedio. La encuesta aludida buscaba determinar la aceptación del libro en este aspecto más que como instrumento de cultura.

Claro que en Colombia no hacemos este tipo de investigaciones. Que las debían realizar los institutos de cultura, y como medio de capacitación en métodos investigativos para sus alumnos, las facultades de ciencias de la comunicación o los departamentos de periodismo de las universidades. Una actividad como la sugerida no dejaría de arrojar ciertas gratas sorpresas.

En calidad de simples curiosos hemos hecho esporádicas, limitadas y antitécnicas averiguaciones entre nuestros conocidos. No aplicamos ningún método concreto y lo hicimos solamente para conocer parcialmente lo que piensan sobre el tema algunos de nuestros investigados. Ciertamente que los resultados —que ojalá un día podamos complementar y dar a conocer— no son desalentadores.

Ahora bien. ¿Los avances a que hemos hecho alusión influirán de alguna manera en el libro en sí, durante la década de los ochenta? Sin duda alguna, la respuesta es afirmativa. ¿Y sobre el escritor mismo? Claro que también. Nadie puede sustraerse al impacto de un progreso avasallante como el que “padece” la humanidad contemporánea.

El libro como elemento físico pasará por etapas sustanciales de transformación. Los años ochenta ofrecerán a la industria editorial avances mayores que los experimentados hasta el momento, los cuales le permitirán mejorar la calidad de su producto en todo sentido material. Y la electrónica entronizará el “libro-video” como ya lo hizo con el “caset” y con otros sistemas igualmente novedosos.

¿Hasta dónde tales transformaciones llegarán a afectar al escritor? La creación, de todas maneras, es una tarea personal, privada, propia del hombre en su más profunda intimidad, en su reserva de potencias mentales y físicas. Pero puede hacer uso legítimo de los nuevos instrumentos puestos a su disposición por la técnica para aligerar los procesos mecánicos en la concepción de su obra. Tal hecho le permitirá una mayor rapidez en esa labor siempre ardua y le dará oportunidad para almacenar experiencias, conocimientos y expresiones para su oportuno uso.

Sin embargo, ahí no está el problema. Que radica en la ubicación del escritor dentro del contexto de un mundo convulsionado por ese progreso desmesurado y alienante. De un mundo nuevo, cambiante, variable y ondeante. Un mundo con exigencias cada día distintas, con incitaciones diferentes y con oportunidades igualmente mayores para el hombre.

Así, pues, el escritor deberá acomodarse a esas circunstancias de transitoriedad que golpean a la humanidad ansiosa de cosas diferentes, de otros ritmos y emociones. Y esa labor será ardua. Ese reacomodamiento del escritor será doloroso porque no puede lograrse con los instrumentos en uso para el quehacer li-

terario. Porque el hombre de la década sentirá de distinta manera —ya lo hace—. Pensará en forma diferente. Luchará con otros métodos. Y sufrirá tan intensamente como siempre pero con otros sufrimientos más profundos y complejos.

La vida personal, la vida familiar, la actividad comunitaria, serán otras y para el escritor esta transformación será —o debería ser— motivo para que, a su vez, modifique su actitud frente a la sociedad, frente al conglomerado humano hirviente y sufriente.

Si desde hace tiempo desapareció la torre de marfil y el escritor bajó al barro para edificar su obra con los materiales tomados del camino de la errante humanidad, ahora será necesario que amplíe su capacidad de observación y de meditación, sus recursos interpretativos, su arsenal expresivo y los oriente hacia los disímiles panoramas que habrán de rodearlo. Solo así podrá ser el intérprete de la nueva circunstancia vital del hombre, la cual no puede ignorar si aspira a continuar vigente.

UNA VISION RETROSPECTIVA

La pasada década deja en la expresión literaria colombiana una serie de experiencias que aún están por analizarse a fondo pero constituyen la base necesaria para intentar una visión globalizante sobre lo que puede esperarse de la que se inicia.

La irrupción de nuevos escritores, en un cambio generacional de gran espectro es, tal vez, uno de los hechos más significativos en los diez años concluidos. Poetas, novelistas, ensayistas, narradores, se presentan con nuevos bagajes como una poderosa riada para variar totalmente el panorama.

No obstante ese hecho incuestionable, los escritores de más amplia trayectoria que venían de atrás, prosiguen su labor y, madurada su obra, alcanzan la plenitud y proyectan su “sombra” (en el mejor significado del término) sobre el ambiente de las letras nacionales.

Pasado el **garciamarquismo**, que como una **guatavitización** literaria amenazó seriamente a las novísimas generaciones, se produce la paulatina afirmación de estilos propios que se definen, se perfilan y concretan hasta conseguir expresiones características merecedoras de una proyección más amplia que, no hay duda, permitirá cuajar en obras sustanciales e importantes lo que por entonces fueron esbozos, ensayos, experimentos y anunciaciones.

En primer lugar, cabe anotar que el concepto de la literatura por la literatura —el arte por el arte—, se descarta de plano por los escritores de los años precedentes. Consideran indispensable que su obra se constituya en documento, en testimonio del instante vivido, con un contenido político y social preponderante basado en la crítica del medio en que actúan y con un ácido concepto sobre situaciones, sistemas y reglamentos imperantes.

Si bien la posición del escritor —cualquiera que ella sea— encierra una posición política frente a la sociedad, los escritores de los 70 procuran afirmar su presencia con definiciones que consignan en obras de intención precisa.

Peligroso es, empero, que el escritor actúe únicamente en esa función política porque puede derivar hacia la literatura de cartel, de bandería o de secta con olvido grave de la misión fundamental como creador o como intérprete de hechos y acontecimientos tomados de la realidad ambiente, reflejada de tal forma que permita su aceptación por el lector desprevenido, buscador de sensaciones y de belleza, que si bien no asimilaría la prescindencia del entorno político, tampoco está dispuesto a beberse una pócima de arengas, pues espera una mayor injerencia de los motivos humanos generales.

Los procesos de transformación social, económica y política del país pesan definitivamente en las obras de todas las épocas. Y esas mutaciones experimentadas en Colombia de manera importante en la década fenecida, influyen sobre los escritores surgidos en ella y aun sobre los que, venidos de atrás, avizoraron tales cambios y los consignaron como una experiencia más de sus vidas y de su trabajo.

Colombia entra a los años 70 con un creciente influjo en el ámbito internacional, con procesos internos de desenvolvimiento económico y con un fermento social insoslayable. La finalización del Frente Nacional fue, precisamente, el toque mágico para la insurgencia literaria que aún se experimenta, si bien se nota ahora una mayor preocupación por el regreso a la serenidad y a la medida.

Porque aquellos hirsutos críticos del “sistema” ven en él, sin embargo, la herramienta y el medio con los cuales y dentro de los cuales pueden trabajar sus materiales primarios tomados

de la calle, del camino veredal, del pueblo semi-rural o de la barriada marginada de las grandes ciudades de crecientes complejos problemas.

De ahí que al iniciarse la década del 80 se pueda mirar un horizonte promisorio. Comienza una etapa de más amplia proyección tanto por la madurez de los escritores nuevos como por la persistencia de aquellos que con una obra conformada ya, entraron en el anterior decenio, continuaron en él su trabajo y se proyectan al futuro.

Por otra parte, el hecho mismo de que los escritores —nuevos y viejos— hayan podido acceder a impresoras internacionales es factor positivo cuyos lineamientos de difusión extrafronteras involucran a Colombia en las corrientes editoriales no solo a nivel continental e hispanoamericano sino aun en otros idiomas y países.

Claro que vale la pena un alto en el proceso para que el escritor colombiano medite sobre lo que está haciendo y no se duerma sobre sus laureles con la creencia de que lo hecho es suficiente. Por el contrario, el compromiso es mayor, la misión más determinante y si la audiencia crece, la profundidad, el contenido de las obras deben ser mayores.

En narrativa no estamos mal al iniciar la nueva década. Hay interés de lectores e impresores por los novelistas y cuentistas colombianos. Nuevas voces surgen, proyectándose con luz propia, abandonando muletas y sostenes. Y aún puede decirse que existe un afán por hacer de la novela y del cuento —y del ensayo— los vehículos de expresión preponderantes.

La poesía, en cambio, sufre un decaecimiento profesional. La poesía que es un arma de combate literario tan valedera como las demás, debe luchar por sus fueros. Los poetas, como los narradores lo han hecho ya, requieren de una profundidad en la acción, de una intensidad total en su obra. Y de una cohesión firme para mostrarse en todo su valer recuperado, en toda su trascendente presencia vital.

El cuento parece convertirse ahora en el vehículo idóneo para el escritor. Tenemos buenos cuentistas como tenemos buenos novelistas y algunos poetas. Lo que en un principio fue género menor, el cuento, tiende a convertirse en la más importante manera de expresión literaria. No quiere esto decir que

los restantes géneros desaparezcan. Pero —sea por necesidad de síntesis o por afán del lector aupado por esta época de velocidades vitales— el cuento adquiere mayor ascendiente y se afirma en el decir literario sobre bases ampliamente receptivas.

En el ensayo* vamos con los pasos contados. Muy poco se ha hecho en este campo desde el punto de vista editorial. Acaso porque se trata de un género que exige mayor dedicación y porque el lector corriente lo busca menos y lo asimila aún en mínima proporción. Se trata de una labor más para suplementos y revistas literarias que para la difusión en el libro, que no alcanza a llegar a todos los niveles del receptor final.

Sin embargo por eso lados tampoco andamos mal. Porque se nos ofrecen frecuentemente obras medulares del género cuyo contenido analítico es capaz de sembrar inquietudes y ambiciones y porque así sea para la “inmensa minoría”, el ensayo constituye uno de los modos expresivos más serios, más definidores y más característicos del desenvolvimiento gradual de una literatura.

Si bien el lapso de diez años no es distinto de otros diez años y la presencia en el calendario de una nueva década no es más que un accidente de almanaque, no por eso debe dejarse de lado el proceso evolutivo alcanzado por cualquier actividad humana en el período anterior y en el siguiente. Si una generación no puede catalogarse —encuadrarse— dentro de tales parámetros puede, sin embargo, señalarse dentro de ellos los que hicieron entonces y los que pueden hacer después.

Para prever lo que ocurrirá en la literatura de los años ochenta hay que desentrañar lo realizado en los precedentes. Como se debe hacer con cada lapso así señalado.

Lo que nos acompaña en esta nueva etapa no es poco. Una literatura como la colombiana, entroncada obviamente con las restantes del mundo de alguna manera, es promisoría. Porque se cuenta con una reafirmación cada día más importante del escritor en su medio, así sea para criticarlo como para analizarlo fríamente. Pero de todas maneras, en cada escritor que viene y pasa sobre el lomo conjuncional 70-80, hay un concepto más preciso de su circunstancia ambiental, la cual, empero, no cae en el parroquialismo, en la literatura de campanario —superada hace tiempo— sino que se enlaza, se imbrica con una coetaneidad universalizante que le permite su ubicación positiva

en pie de igualdad con los escritores de otros países de similares condiciones económicas, sociales y culturales a las nuestras.

En ningún momento hemos pretendido en este escrito agotar en totalización y en profundidad analítica lo que puede ser la literatura colombiana en los próximos años, lo cual daría para un libro. Hemos querido sí señalar las premisas que nos acompañan, las perspectivas que se nos ofrecen y caracterizar un momento —el arranque de una década— para que el escritor piense en su misión, en su tarea y en su importancia como ocupante de un puesto vital dentro del espíritu de un país en evolución, en constante avance y en permanente búsqueda de su propia identidad, de su propio valer.